

PROMESAS DE CAMPAÑA VS PRAGMATISMO DIPLO- MÁTICO

Una mirada crítica a las nuevas definiciones de la política exterior de Estados Unidos en el primer tramo de la administración Obama.

Paula Rodríguez

Desde su campaña presidencial, Barack Obama se presentó al mundo como un candidato particularmente original, no solo por su origen afroamericano, sino también por las elevadas expectativas que generó ante un electorado cansado de las políticas del entonces Presidente George W. Bush, de marcado acento antiterrorista. Estas mismas expectativas fueron levantadas en la comunidad internacional, que en los últimos años habría echado de menos el liderazgo positivo de Washington en asuntos fundamentales relacionados con el ordenamiento de capítulos sensibles de la globalización.

Las prioridades en materia de política exterior del entonces candidato a la Presidencia de Estados Unidos están consignadas en su plataforma electoral, (The Blueprint for Change) . En este documento, que resultaría fundamental para la definición de la nueva estrategia diplomática de Washington, Barack Obama proponía, sin demasiado rigor, que las relaciones con América Latina habrían de ser modificadas de manera importante, de tal suerte que pudieran establecerse nuevos paradigmas de cooperación y diálogo político, sustentados en una

visión renovada. Estos conceptos, sin embargo, se vieron acompañados por una propuesta de índole más general, que no podía negar la herencia Bush ni los compromisos estratégicos de Estados Unidos en otras regiones del mundo.

Barack Obama proponía, sin demasiado rigor, que las relaciones con América Latina habrían de ser modificadas de manera importante, de tal suerte que pudieran establecerse nuevos paradigmas de cooperación y diálogo político, sustentados en una visión renovada.

En ese sentido, The Blueprint for Change también abordó de manera prioritaria capítulos delicados

asociados con inmigración y comercio; seguridad y combate al narcotráfico; la guerra en Iraq; la situación en Medio Oriente e Irán y el control de armamentos y la no proliferación de armas nucleares. Una vez en la Casa Blanca, esta nueva política exterior, pero sobre todo el liderazgo personal de Obama en el mundo, ofrecerían la plataforma para que se le concediera el Premio Nobel de la Paz 2009, por cierto objeto de diversos cuestionamientos por parte de quienes consideran que se le habría concedido muy pronto y con pocos resultados tangibles que justificaran este galardón.

Obama es víctima de su propia popularidad y de las expectativas, quizá infundadas, que despertó en su país y en el mundo

Ya como Presidente, Obama levantó las restricciones que impedían a los cubanos realizar transacciones económicas con sus familiares en Estados Unidos; asistió a la Cumbre del Grupo de Río en República Dominicana y dio algunas señales de un posible replanteamiento del sistema Interamericano, de tal suerte que recupere la universalidad efectiva de su membresía. Igualmente, estuvo presente en la Cumbre de las Américas, efectuada en Trinidad y Tobago, donde sin duda se convirtió en el principal atractivo político y diplomático.

Pese a estos gestos, en los hechos las cosas no han cambiado de manera sustantiva y nada indica que puedan ocurrir las transformaciones que señaló durante su campaña proselitista. El singular funcionamiento del sistema político estadounidense, la compleja red de intereses que existen en ese país, las prioridades sociales internas como la recientemente aprobada reforma al sistema de salud, las elecciones legislativas de noviembre próximo y la propia agenda política del Congreso y de la Casa Blanca, por ahora concentrada en asuntos domésticos, impiden que la añorada nueva política de Washington hacia América Latina sea una realidad.

Probablemente, Obama es víctima de su propia popularidad y de las expectativas, quizá infundadas, que despertó en su país y en el mundo.



Adicionalmente a estas consideraciones, es necesario valorar el impacto que ha tenido en su gestión la emergencia de acontecimientos no previstos, como la crisis financiera internacional, que vulneró seriamente la economía estadounidense, confirmando así que la política exterior de ese país estaría basada en planteamientos temáticos que atienden a coyunturas globales. Después de todo, tal y como ha sucedido durante el último siglo, nada acontece en América Latina que ponga en riesgo la seguridad estratégica de Estados Unidos o del Continente. Un traspatio tranquilo es, seguramente, el principal inhibidor de una acción más clara y contundente hacia la región latinoamericana. El gobierno de Obama aún es muy joven y ningún análisis serio podría afirmar que su política exterior hacia América Latina seguirá siendo igual en los próximos años. La evolución misma de la realidad latinoamericana y la existencia de temas muy sensibles para Estados Unidos, como el crimen internacional organizado y la seguridad, exigen a Washington una buena dosis de prudencia y tolerancia frente a sus vecinos del sur. En ese sentido, más que una política exterior definida hacia América Latina, lo que Obama despliega hacia la región es un claro pragmatismo diplomático.

En todo caso, los gestos diplomáticos en foros multilaterales latinoamericanos e iberoamericanos sólo son eso, gestos que se diluyen ante el peso real de una diplomacia estadounidense que por ahora vuelca su atención en asuntos que ponen en riesgo la paz y la seguridad mundiales.



Paula Rodríguez

Jefa del Departamento de Política Exterior para EEUU, en la Cancillería Mexicana.